

Latimer said, "play the
man; we shall this day,
by God's grace, light such
a torch in England such
never be put out as will

CRIMEN Y CASTIGO, SEGÚN DEXTER Y MORSE

LINA MARÍA
AGUIRRE JARAMILLO

La verdad es que si uno se pone a leer, se mantendría alejado de Inglaterra y, particularmente, de la región de Oxfordshire. Cosas terribles pasan allí: a menudo los sitios más apacibles son escenarios de crímenes. Mujeres, las hay inteligentes, glamorosas, cautivadoras, pero a menudo resultan ser unas bandidas. Académicos sorprenden con su intelecto y con algunas armas bajo sus togas. Y con frecuencia la jerarquía policial, la burocracia, la aristocracia y otros grupos dentro y fuera del establecimiento, obstaculizan el imperio de la ley. Es cierto, en las lecturas no parece llover tanto, pero bueno, esa es una ficción: la ficción según Norman Colin Dexter, el creador del inspector Morse, uno de los personajes importantes de la literatura británica en el siglo xx, ubicado con justicia en la galería destinada a los nombres con los cuales el género de crimen y suspenso se enriquece. En su caso, con dosis perfectas de pedantería, melancolía, pasión por la cerveza y los crucigramas, todo con un toque de excentricidad: características todas reconocibles entre el paisaje bibliográfico del autor, desde Stamford, Lincolnshire, en donde nació el 29 de septiembre de 1930, hasta la casa sobre la calle Banbury, Oxford, en donde murió el 21 de marzo de 2017.

Morse, el apellido. ¿Primer nombre? “Inspector”, le gustaba a él responder. El hombre del saco y corbata que conduce un vehículo Lancia antes de abordar para el resto de su vida el clásico Jaguar rojo (reconocible en tantas imágenes del personaje) es el hombre que pasa, sin graduarse, de los claustros de la vieja Universidad de Oxford a la estación de policía. Primero como agente, luego como sargento, como detective hasta llegar a inspector jefe, ocupándose de casos que, sin exonerar nivel de estudios, edad, sexo o posición social, exponen las glorias, las penas, las contradicciones, los instintos más elevados, las bajezas más deplorables de la naturaleza humana.

Cada uno de los casos supone un desafío, no solamente en términos puramente policiales, sino de inteligencia: las situaciones son intrincadas, las primeras observaciones incompletas, las evidencias iniciales no son concluyentes, pero el peligro es siempre inminente: el de un asesino que se quede encubierto, o que se dé a la fuga, o que esté fraguando el ataque contra su siguiente víctima. Tanto si es un asunto doméstico privado que ha

escalado a tragedia pública, un secreto de una familia poderosa con cadáveres —literalmente hablando— en sus escaparates, o un escándalo social que atemoriza al país entero, al inspector Morse le es dado ejercer de investigador, y a menudo también de psicólogo, consejero, comentarista satírico, poco reverente ante las autoridades y ante el gobierno (incluyendo, respectivamente, las que él representa y al que él obedece), galán con las damas, lingüista, literato, historiador, filósofo, consciencia incómoda para sus jefes y, por supuesto, abogado del diablo. Solamente un hombre con una inteligencia excepcional y con una vocación a veces no bienvenida y dura de sobrellevar puede encarar una vida así y tener tiempo, al final del día, para tomarse unas *pints* (pintas, alrededor de medio litro) de cerveza, casi siempre de cuenta de su subalterno inmediato, el sargento Robert “Robbie” Lewis, antes de proseguir la noche a solas, con whisky, escuchando a Wagner en un tornamesa portable.

Colin Dexter más o menos imaginó algunos de esos rasgos cuando, comenzando la década de 1970, escribió las primeras líneas de lo que sería el manuscrito original para el debut de las novelas del inspector Morse: *Last Bus to Woodstock* (1975), acerca de una mujer joven, “Sylvia Kaye”, asesinada luego de haberse subido, con una amiga, al auto de un extraño que les ofreció llevarlas a su destino cuando esperaban el bus al pueblo cercano de Woodstock, al norte de Oxford. Entre esos 8.9 kilómetros de recorrido y 288 páginas, el autor capturó la esencia de ese detective que desentrañaría el lío de relaciones cruzadas entre un hombre casado, su esposa, una amante, una nueva amante, presunciones equivocadas y terceros que dan testimonios confusos, mientras tapan prácticas ilegales.

Un detective que la gente conocería con una mirada profunda, cabello canoso, un ceño a menudo fruncido, pocas sonrisas, pero sinceras, cuando las había, y una predisposición cascarrabias que se suavizaba con la satisfacción del misterio resuelto, la buena poesía, la buena música y el encanto femenino: tal y como lo encarnó el legendario actor John Thaw, protagonista de la serie de televisión inaugurada en 1987, y quien moriría tempranamente a los 60 años, en 2002. Con él, como con Kevin Whately, el actor que

Morse es más que entretenimiento alrededor del clásico tipo de misterio “¿quién lo hizo?”. Es un personaje que atestigua también una manera inglesa de ser: de concebir el deber y el trabajo, de preservar un espacio privado y de desplegar flemáticamente el conocimiento sin temer acusaciones de arrogancia.

dio vida al sargento Lewis, Dexter formó una amistad entrañable retratada en numerosas fotos de los tres departiendo en los sets de grabación, en homenajes, en entrevistas con la prensa, en actos publicitarios y, por supuesto, en los tradicionales *pubs* británicos.

Thaw moldeó a Morse. Dexter estipuló en su testamento que ningún otro actor debería interpretar al inspector en adaptaciones de sus novelas. Ya había autorizado dos series de televisión derivadas de la original: la primera, *Lewis*, que se presentó entre 2006 y 2015, con el exsargento, ya convertido en inspector, enfrentando con su compañero, el joven de apellido Hathaway, el crimen en una ciudad de Oxford en donde ya hay teléfonos celulares, la labor detectivesca se sirve de muchos recursos computarizados, la forense que tímidamente había empezado a trabajar en la serie Morse (cuando el Inspector no concebía que tal trabajo debiera estar en manos femeninas) dirige con propiedad su laboratorio de autopsias, los protocolos de asepsia para los agentes de policía son muchísimo más estrictos, no se fuma en espacios cerrados y el rango superior de autoridad lo tiene una mujer, la jefe superintendente llamada Innocent. La segunda serie, *Endeavour*, comenzó en 2012, y trata sobre la vida previa de Morse, su juventud, cuando se une a la fuerza policial en los años sesenta, luego de haber dejado la universidad y de pasar un tiempo en el departamento Royal Corps of Signals, como encargado de descifrar códigos secretos. Al regresar a Oxford se instala en una habitación con sus discos de vinilo y sus diccionarios. En la estación de policía abunda el humo de cigarrillo, el sentido de jerarquía y la ambición de poder. Luego se sabría que abundaba también la corrupción, hasta que llega un superintendente rígido y muy consciente de su posición, a quien el joven

Morse, con más cara de académico y cantante de coro que de agente, lo sorprende bien y mal en iguales proporciones. El jefe intermedio, el inspector Thursday (interpretado magistralmente por el reconocido actor Roger Allam), descubre rápidamente el talento excepcional del recién llegado, con todo y su mezcla curiosa de desparpajo y reserva, su condición de abstemio (destinada a ser temporal) y su debilidad por las doncellas en peligro; y se convierte en su mentor y padre putativo con todo lo que esto conlleva: aliento y aleccionamiento día a día.

El título de este segundo *spin-off*, *Endeavour*, es el primer nombre de Morse, del cual había sido revelado solamente la primera letra en *The Wench is Dead* (1989). Se sabía que firmaba “E”, ¿por Edward?, ¿Ernest?, ¿Enoch? Dexter consiguió mantener el secreto hasta revelar que los padres del inspector eran miembros de los Quaker y admiradores del capitán Cook, y le habían puesto ese nombre al hijo en honor de la virtud, del empeño y del nombre de la embarcación del famoso explorador en su primer viaje por Oceanía. El nombre completo Endeavour Morse se conoció en 1996. El apellido era otro juego que mucha gente pensó durante años que era por el inventor del famoso código, pero en realidad era un guiño del autor a uno de sus mejores amigos, sir Jeremy Morse, quien fuera presidente del Lloyds Bank, director del Fondo Monetario Internacional, *fellow* del *college* All Souls de Oxford y a quien admiraba: “un hombre maravilloso, y el más inteligente que yo he conocido [...] el más astuto mentalmente”, lo recordaba Dexter en una entrevista para la revista *The Strand* en 2005.

Con el banquero, Dexter compartía un talento y una afición: los crucigramas y acertijos. El autor publicó en 2010 el libro *Cracking Cryptic Crosswords* sobre cómo descifrar los especialmente

crípticos. Usaba este conocimiento para hacer además travesuras en sus libros. Por ejemplo, usaba epígrafes inventados para encabezar capítulos o para atribuir definiciones a un “Small’s Enlarged English Dictionary”, un juego de palabras alrededor de un “Pequeño alargado diccionario de inglés” que nunca existió. A su personaje lo dotó también de esa cualidad que incluso se convierte en pieza clave para resolver investigaciones. ¿Imagina usted a profesores universitarios que envían con temas literarios, en los crucigramas que escriben con pseudónimo para periódicos locales, las claves de los sitios de encuentro a sus jóvenes amantes, ingenuas pero buenas seguidoras de instrucciones?, ¿o esposas muy dignas que truecan envíos de correspondencia para asesinar a las susodichas jovencitas? Este es el tipo de cosas que pasan en las historias de E. Morse, el inspector “dulce y cerebral, un genio con una mente alpha-plus”, según publicó el *Chicago Tribune* en 1993 en una entrevista con el creador.

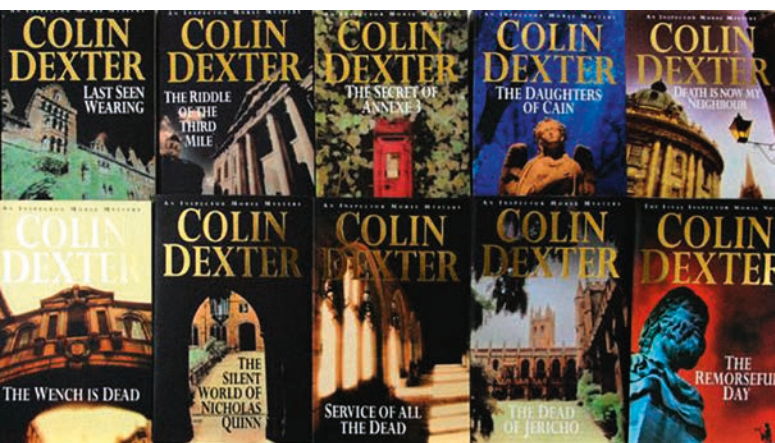
Cuando se imaginó a su detective por primera vez, Dexter estaba básicamente sometido a una claustrofobia británica típica: atrapado con su familia, su esposa Dorothy y sus hijos Jeremy y Sally, en una casa de huéspedes al norte de Gales. Eran las vacaciones de agosto de 1972. Sí, verano, pero siendo estas las Islas Británicas, no paraba de llover. Dexter se encontró con que en la casa solamente había dos novelas policíacas para leer. Al cabo de la segunda pensó que, realmente, él podía hacer algo mejor que aquellos libros cuyos títulos olvidó con el tiempo. Y así, sentado en la cocina, encerrado con llave porque los hijos estaban afuera quejándose, construyó los primeros párrafos de una historia que repararía 18 meses, siempre escribiendo a mano (como lo hizo hasta la última novela), hasta que mandó a transcribir a máquina la última versión que enviaría para publicación. Macmillan se convirtió en su casa editorial.

Poco a poco el autor le prestó más de su vida a su personaje (y le traspasó su diabetes); particularmente, le otorgó la admiración por el arte, las referencias del griego y el latín, la literatura inglesa, su irrevocable preferencia por la cerveza oscura de barril, su profesa incredulidad religiosa y, entre toda la ópera, Wagner. *Die Valkyrie* es música de fondo en la vida del autor y en la del inspector. Dexter hizo el servicio militar obligatorio en el

La popularidad de Morse ha salpicado la ciudad de Oxford ya por décadas, con grupos de turistas buscando cómo hacer la ruta de edificios históricos, lugares de la universidad y reconocidos *pubs* que han servido de locación para las grabaciones de la serie.

mismo Royal Corps of Signals, como operador de código morse. Otros aspectos son privativos del inspector malencarado y tacaño, mientras Dexter era conocido como un señor afable y generoso. Sin embargo, ambos compartían un cierto escepticismo que a veces rozaba en fatalismo. En aquella entrevista para *Strand*, Dexter decía sobre Morse: “su temperamento siempre estaba más en el lado pesimista que optimista [...] Yo siempre me he sentido un poco así también. Cosa rara pero a menudo he sentido cuando me despierto [en la mañana] que algo terrible va a suceder ese día. Es como cuando uno le apuesta a un caballo, usted está esperando que la cosa pierda aunque le haya jugado a ganar”.

El padre de Dexter conducía un taxi y tenía un taller de mecánica. Había dejado de estudiar a los 12 años. La madre también había salido prematuramente de la escuela, pero ambos se aseguraron de que sus hijos Colin y John llegaran a la universidad. Dexter estudió —y se graduó— en Estudios Clásicos en Cambridge en 1953, en donde obtuvo también una maestría. Trabajó como profesor de secundaria en la escuela Wyggeston Grammar en Leicester y luego en Corby Grammar durante varios años, pero fue perdiendo capacidad auditiva rápidamente. El día en el cual se percató de que sus estudiantes estaban completamente entretenidos en otra cosa mientras se suponía que estaban en su clase y “la cosa” resultó ser música pop a alto volumen, buscó otro trabajo. Era 1966, y lo encontró en la Universidad de Oxford, como *Senior Assistant*



Secretary en la delegación institucional para los exámenes locales, el departamento encargado de preparar pruebas para escuelas secundarias, un puesto que ocupó durante 22 años hasta jubilarse. Las ganancias obtenidas por Morse, las novelas y las series de televisión, no provocaron un cambio en la vida modesta de Dexter: “no le impresionaban las muestras de riqueza ni estaba ansioso por vivir a la altura de sus ingresos [...] sentía que tenía una deuda de gratitud con sus editores pero, como Morse, detestaba hipocresía y pretensión”, retrataba Dennis Barker, reconocido periodista, escritor de obituarios durante dos décadas para *The Guardian*, y quien antes de morir, en 2015, dejó preparado el de Colin Dexter, recordando al final una declaración del autor sobre para quién escribía, si para el público o para sí mismo. La respuesta era “para Mr. Sharp”, quien había sido su profesor de inglés. El propósito, relataba Barker, era que, a cada página, el viejo profesor “le pudiera dar una calificación de al menos 8 sobre 10”.

No es posible saber qué diría Mr. Sharp (nombre real, que traduce como Sr. Agudo), pero sí lo que ha pensado la Asociación de Escritores de Crimen en Gran Bretaña, que le otorgó dos veces la distinción Silver Dagger por *Service of All the Dead*, en 1979 y *The Dead of Jericho*, en 1981; dos veces la Golden Dagger, en 1989 por *The Wench is Dead* y en 1992 por *The Way Through the Woods*; y en 1997 le dio el Diamond Dagger, gran premio de reconocimiento de toda una vida. En 2000 recibió la Orden del Imperio Británico por parte de la reina Isabel II. Pero ya su “Daga de

Diamante” lo había confirmado como uno de los grandes escritores del género en el pasado siglo, merecedor de un sitio al lado de Agatha Christie o de Arthur Conan Doyle, ante quienes Dexter profesaba respeto, sin desconocer los altibajos de sus respectivas carreras.

En el caso de Christie, hacia los años cincuenta, cuando estaba en la cima de la popularidad y en todas partes: librerías, aeropuertos..., había una “presión sobre ella para escribir más y más rápidamente”, entonces algunas de sus novelas de ese periodo eran compuestas sin el desarrollo cuidadoso de otras, a pesar de su notable carrera de más de 80 novelas. “Una mujer extraordinaria, la más grande entre todos nosotros”, decía Dexter en la entrevista a *Strand*. En el caso de Conan Doyle, sintió que ya había dicho lo suficiente sobre la relación entre Sherlock Holmes y Watson cuando decidió matar a su famoso inspector. Después lo revivió, pero, comentaba Dexter: “no creo que haya escrito muy bien después de que trajo a Holmes de vuelta de Reichenbach Falls”, advirtiendo, con su modestia habitual, que no estaba insinuando que se le equiparara a estos escritores, pero confesaba que, cuando había decidido cerrar el último capítulo de Morse (*The Remorseful Day*, 1999), sentía que “había perdido frescura”, que “estaba un poco cansado [...] y más que todo se me estaban acabando las ideas”. Así le llegó el final a Morse, a quien Dexter decía que no había matado, sino que “simplemente murió porque había bebido demasiado y su hígado estaba en un estado bastante malo, fumaba demasiados cigarrillos y sus pulmones no estaban para nada bien, y no hacía prácticamente ningún ejercicio. Creo que estaba escrito desde muy temprano que no iba a vivir mucho”.

No en el papel, pero sí en la pantalla. La serie de televisión se convirtió en un éxito con múltiples temporadas en 50 países, de los 33 capítulos que se produjeron en total. En muchos de ellos, así como en *Lewis* y *Endeavour*, Dexter apareció haciendo papeles secundarios breves, sin parlamento (buen guionista, mal actor) *cameos*, como turista, médico, prisionero, portero en algún colegio de la universidad, obispo, profesor y también vagabundo. Siempre dijo que su propósito con Morse era, principalmente, entretener, y la televisión fue un excelente vehículo internacional para ello.

Sin embargo, Morse es más que entretenimiento alrededor del clásico tipo de misterio “¿quién lo hizo?”. Es un personaje que atestigua también una manera inglesa de ser: de concebir el deber y el trabajo, de preservar un espacio privado y de desplegar flemáticamente el conocimiento sin temer acusaciones de arrogancia. De otro lado, las novelas también pueden leerse con mayor perspectiva, rastreando sus contenidos y recursos literarios, así como su popularidad, entre aquellas publicaciones del siglo XIX que establecieron el auge de la ficción sobre el crimen en el Reino Unido con una mezcla de miedo, comentario social y entretenimiento que hasta un autor como Charles Dickens, sin tenerse que meter mucho con escenas homicidas, logró incorporar en su famosa obra; mientras los escritos sobre el aterrador Jack the Ripper (“El destripador”) causaron un impacto convertido a veces en obsesión. Ya desde 1829, cuando fue creada la Policía Metropolitana en Londres, el nacimiento del personaje del detective de ficción había quedado marcado. En 1842 la revista *Punch* escribía, a propósito del crimen como entretenimiento y el apetito británico por el tema: “Somos una comunidad de hacer negocios, gente comerciante. El asesinato es, sin duda, un delito muy grave; sin embargo, como lo que está hecho no se puede deshacer, permitámonos sacar dinero del asunto”.

La popularidad de Morse ha salpicado la ciudad de Oxford ya por décadas, con grupos de turistas buscando cómo hacer la ruta de edificios históricos, lugares de la universidad y reconocidos *pubs* que han servido de locación para las grabaciones de la serie. No fue una decisión tomada a la ligera la del museo Ashmolean de la famosa Universidad cuando, a finales, de 2009 abrió la exposición *My Ashmolean, My Museum*, con fotografías de personas reconocidas de la comunidad local, entre ellos Dexter y los dos actores protagonistas de *Lewis*.

La imagen del autor sobrecoge: el rostro confiesa su edad, sobre la frente un texto de Hugh Latimer, uno de los obispos quemados en la hoguera en el centro de Oxford en 1555, por orden de la católica reina Mary (“María sangrienta”), y en un brazo las esposas de la prisión Bocardo, en Oxford, en donde fueron encerrados entonces los acusados. Dexter y su creación

ilustran “la oscura historia de crimen y castigo que tiene la ciudad”, como explicaba el museo en la presentación de la exposición.

“Initium est dimidium facti”: el comienzo es la mitad de lo que se tiene que hacer, le gustaba citar a Colin Dexter, hablando del síndrome de la página en blanco. Ya su recorrido literario se ha completado y él, que comenzó escribiendo para paliar el agobio de un verano lluvioso en Gales, ha cerrado su última página después de haber sobrevivido a su creación, al actor que mejor la ha entendido, a los altibajos de los detectives policiales, a los caprichos de la televisión, a varios de sus colegas escritores del género, e incluso a quien firmó su obituario en el diario *The Guardian*. Quizá él podría decir ahora, como lo hizo el inspector Morse en uno de los capítulos de televisión (*Masonic Mysteries*): “Me gusta estar muerto. Le quita a uno la presión de vivir”. ■

Lina María Aguirre Jaramillo (Colombia)

Doctora en literatura y periodista. Docente de la Universidad Pontificia Bolivariana. Investiga sobre temas relacionados con literatura, arte, narrativa de viajes, ciencia y la relación internet-sociedad. Escribe para distintos medios en Colombia y España.

Referencias

- Barker, D. (2017). *Colin Dexter obituary*. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/books/2017/mar/21/colin-dexter-obituary>
- Beloved author made huge difference. *Oxford Times*. http://www.oxfordtimes.co.uk/news/15192517.Obituary___Beloved_author_made_huge_difference_to_Oxford/
- British Library, Londres. Crime and crime fiction. <https://www.bl.uk/romantics-and-victorians/themes/crime-and-crime-fiction>
- Flanders, J. (2012). *Murder as entertainment*. British Library. <https://www.bl.uk/romantics-and-victorians/articles/murder-as-entertainment>
- . (2012). *The creation of the police and the rise of detective fiction*. British Library. <https://www.bl.uk/romantics-and-victorians/articles/the-creation-of-the-police-and-the-rise-of-detective-fiction>
- Interview with Colin Dexter. *The Strand Magazine*. <https://strandmag.com/the-magazine/interviews/colin-dexter/>
- Leonard, B. (2008). *The Oxford of Inspector Morse*. Gloucestershire: The History Press.
- Museo Ashmolean, Universidad de Oxford. Programa y exposición *My Ashmolean My Museum*, noviembre de 2009. (Consultas en línea por última vez el 17 abril de 2017).